

*Pilar Eyre*

# YO, EL REY



¿Cómo Juan Carlos I, un rey con una fuerza icónica única en Europa, con un país a sus pies, con ciertos políticos cómplices, con dinero y con las mujeres más guapas del mundo, pudo jugárselo todo? En su carrera hacia el abismo fue dejando atrás familia, amigos, prestigio, honorabilidad. ¿Fue por una mujer? ¿Por amor al dinero? ¿Por inconsciencia o por arrogancia? Las respuestas están en este libro crudo, trepidante y conmovedor. Está todo: el rey y el hombre. El niño atemorizado, un juguete en manos de su padre y de Franco, el adolescente que mató accidentalmente a su hermano, el chico enamorado y frívolo que coleccionaba novias, el joven que se vio obligado a casarse con una mujer a la que nunca amó. Pero también el ser atormentado y depresivo cuya vida más íntima y sus momentos más secretos se desgranán por primera vez en estas páginas con claridad estremecedora.

Juan Carlos I necesitaba la pluma sincera y valiente de Pilar Eyre para retratar hasta el mínimo y oculto detalle todos los aspectos de su vida, desde su lucha por el trono a sus años de fulgor y su lamentable crepúsculo.

## Índice de contenido

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 12

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Palabras finales

Bibliografía

Para Enrique Badía.

## 1

Cuando se despertó, pensó por un momento, como cada mañana, que estaba curado. ¡No le dolía nada! Se sentía ingravido, flotando en una nube de algodón. O en un colchón de agua, como el que le había hecho comprar aquella novia andaluza que tuvo. ¿Cómo se llamaba? Era guapa y bajita, pero el colchón era una mierda. Todas las mujeres que me han gustado son bajitas, se dijo, pero acto seguido sonrió porque no era verdad. En su abundante currículum amoroso figuraban altas y bajas, gordas y delgadas, nobles y cortesanas. ¡Había tantas! A veces, para que el sueño llegara más rápido, intentaba contarlas y darles un nombre antes de dormirse, «Merceditas, Carmen, Ana, Conchita, Antonia..., la chica de Melilla, ¿cómo se llamaba? ¿Y la mujer del embajador en...? ¿Dónde era, carajo, dónde era?». Sonreía, como siempre que pensaba en los viejos y buenos tiempos, y con la sonrisa llegaron los dolores, aullando como el perro que al final se deja entrar en casa. La cadera, ese pinchazo constante, la rodilla rígida como si fuera de madera, los hombros por tener que apoyarse en las malditas muletas...

En el contraluz se dibujó el objeto más odiado: la silla de ruedas.

Benito, su viejo ayuda de cámara, descorrió las cortinas con un ademán tan brusco que sus nervios se erizaron, un rayo de luz le hirió los ojos y se puso el brazo sobre la cara:

—Coño.

—Señor, las ocho.

Juan Carlos rezongó: «¿Y qué?». Con un suspiro, que era casi un quejido, se incorporó en la cama y tanteó la mesita de noche para coger los tres móviles que tenía a su disposición con tarjetas extranjeras, pues hacía años que sabía que el CNI espiaba sus conversaciones. Miró las llamadas, ¡nada! ¡Ni Marta, la fiel Marta, había llamado!

Se dejó caer de nuevo sobre las almohadas. Tenía que dormir casi sentado porque, si no, se ahogaba desde aquella operación en Barcelona... Sus ojos se achinaron maliciosamente, estuvieron a punto de encontrarse las dos en el pasillo, Sofi y Corinna. ¡Cómo se puso el bueno de Iribarren, luego comentó que aquel día había envejecido años! Siempre he vivido caminando por el alambre, reflexionó con orgullo de trapealista, haciendo equilibrios entre mi padre y Franco, entre Sofi y las otras, ¡hasta mis amigos estaban celosos los unos de los otros y competían por ver...!

No, no, de eso no había que hablar ahora. ¡Ya se ocupan bastante del asunto esos periodistas cabrones!

Creen que yo pedía y reclamaba... ¡Yo, el descendiente de diecisiete reyes exigiendo parné como un mercachifle cualquiera! ¡No tienen ni idea! El dinero entraba a raudales, ni siquiera había que mencionarlo. ¡Si ellos supieran!

Benito se acercó.

—¿Le preparo el baño?

Su cerebro tardaba en despertarse varios minutos más que su cuerpo, los medicamentos que tomaba contra el dolor y para combatir el insomnio corrían aún por sus venas, lo que le impedía pensar con claridad. Sabía que hoy le esperaba algo muy importante y, como ese recuerdo le entristeció, dedujo que se trataba de un asunto ingrato. Le preguntó a su ayuda de cámara:

—¿Te han dado alguna instrucción? ¿Hoy qué tenemos?

El hombre lo miró con asombro y respondió:

—¿Hoy? Nada... ¿No recuerda el señor que...?

Ya. Por la tarde.

Con un gesto de la mano ahuyentó aquel pensamiento horrible y, como los niños pequeños, se puso de lado para que lo dejaran en paz. Le costó mucho darse la vuelta y su cuerpo sonaba con ruido de goznes oxidados, llevaba tantas prótesis que bromeaba con sus nietos: «Soy un mecano».

Claro que ninguno sabía qué era un mecano.

¡Sus nietos! ¿Qué iban a pensar de él?

Respondió malhumorado:

—Ya sé, ya sé, ya me acuerdo, no estoy gagá todavía.

El hombre se afanaba por la habitación, recogiendo aquí y allá la ropa que él tiraba al suelo porque nunca había sabido cómo se usaban las perchas, un periódico arrugado..., lo habría arrojado la noche anterior en un ataque de ira. ¡Todos habían tomado partido! Ya no estoy de moda, repetía con amargura la frase de su abuelo Alfonso cuando estaba exiliado en Roma y nadie le hacía caso.

—Benito.

Se detuvo en su tarea, respetuoso.

—¿Señor?

—Tu padre sirvió en Roma, ¿verdad?

El lacayo se acercó a la cama con la ropa en el brazo y respondió, oficioso:

—Sí, señor, era el ayudante de Pepe, el chófer de sus majestades.

—¿Sabes que yo me acuerdo de Roma y de mi abuelo?

El hombre, que no sabía muy bien lo que se esperaba de él, murmuró:

—¿Sí? Pero si vuestra majestad debía ser muy pequeño... con todo mi respeto.

El rey miró al techo, como si hablara con las deidades celestiales más que con el ayuda de cámara:

—Cuando murió Alfonso XIII...

Benito se persignó:

—... Dios lo tenga en su gloria...



—... yo tenía tres años... Recuerdo que me llevaban al hotel donde vivía y me tocaba la cabeza. Mi niñera se llamaba Ucsa.

—Buena memoria, señor.

—A mi madre le gustaba mucho el cine... ¿Sabes que en los cines de Italia se podía fumar?

Se notaba al hombre algo impaciente para proseguir con sus tareas domésticas, pero aun así respondió:

—No lo sabía, señor.

—Yo casi nací en una sala de cine... Por eso mi vida ha sido como una película de buenos y malos. ¡No sé yo cómo me juzgará la historia! ¿Tú qué crees?

¡Antes, todos le querían, hasta Santiago Carrillo! ¡Se le ofrecían las mujeres más guapas del mundo! ¡Los millonarios le llenaban los bolsillos! Ah, sus hermanos árabes, cuánto les debía... Ahora, sin embargo, se había convertido en un apestadoo.

El hombre, confuso, no supo qué contestar a preguntas tan enjundiosas, ¡no estaba acostumbrado a mantener con su señor una conversación de persona a persona! Carraspeó, tratando de ganar tiempo cuando el rey prosiguió:

—¿Qué diría mi abuelo si viviera?

¿Se sentiría orgulloso o se avergonzaría de su nieto aquel rey desgraciado que, cuando le decían los hijos papá no fumes, contestaba, bah, para lo que me importa vivir o morirme?

¡Roma! Si cerraba los ojos casi podía sentir el olor de las mimosas de Villa Borghese... ¿Y la luz? La ciudad era plateada por abajo y oscura por arriba.

—¿El señor querrá vestirse de *sport* o con traje?

Abrió los ojos por un momento, desconcertado. ¿Dónde estaba? Ah, sí... claro... Cantaba un mirlo y se oía el ruido lejano de un coche caro, un Mercedes seguramente. El presente se abría paso con la suavidad del cuchillo clavándose en la mantequilla.

No quería pensar, aún no.

Qué silenciosa estaba la casa. Qué diferencia del hogar de su infancia...

En Lausana, por las noches, hacían formar a los cuatro hermanos y ponían la «Marcha real» a todo volumen. Tenían que mantenerse de pie hasta que se acabara, cuadrándose frente a sus padres, que fumaban y tomaban cócteles.

Papá, *dry martini*, y mami, un *old fashioned*.

Margot, como era ciega, se orientaba por pasos, siempre contaba en voz baja «dos, tres, cuatro...». Alfonsito era tan pequeño que terminaba cayéndose y papá le reñía... Menuda tropa de lisiados. ¿No inspiraban compasión en el fondo?

En sus recuerdos, Alfonsito seguía vivo. Nunca habían subido a esa sala de juegos, nunca habían cogido la pistola, nunca...

Por duro que sea el pasado, uno siempre podía huir del presente y refugiarse en el país de los recuerdos.

Allí querría estar ahora, con los muertos.

¡Recordar, sí, los secretos y las mentiras, la alegría y la tristeza! Dicen que la vida es corta, pero en esos momentos le parecía que no se acababa nunca.

Hundirse en el ayer como cuando se lanzaba desde la punta de la playa del Guincho.

—Benito, déjame, que no me moleste nadie —ordenó, finalmente—. Ya pediré luego el desayuno.

El hombre se inclinó y salió silenciosamente, dirigiéndole una última mirada compasiva. Y solo entonces, cuando cerró la puerta a sus espaldas y se quedó solo, Juan Carlos se dio cuenta de que Benito llevaba el rostro cubierto con una mascarilla.

## 2

—**B**andito, ti ucciderò!

—*Stampo!*

Errol Flynn se evadía ágilmente en la cubierta de su barco pirata de la persecución de sus enemigos, pero una espectadora, una sola en toda la sala de cine, estaba más pendiente de lo que ocurría en su propio cuerpo que de lo que pasaba en la pantalla.

—Maldita sea, maldita sea, maldita sea.

La que juraba como un carretero, eso sí, en voz baja, era María de Borbón y Orleans, la mujer del Príncipe de Asturias. Se revolvió incómoda en las duras sillas de madera del cine Olimpia, en pleno Trastevere romano, porque la inmensa barriga de casi nueve meses la obligaba a sentarse con las piernas abiertas y, como era tan grandota, le daba golpes sin querer a su suegro, que asistía a las evoluciones del capitán Blood sin dejar de fumar su eterno cigarrillo Laurens, que insertaba en una boquilla de ámbar. Don Alfonso, el depuesto rey de España, que llevaba siete años en el exilio, se quejaba distraídamente porque estaba inmerso en la película:

—María, por favor, coño, cállate y estate quieta.

De pronto, Errol Flynn soltaba una soflama: «*Le donne sono cative, ma non posso vivere senza di loro*», toda la sala se echaba a reír y el que más el exrey, la luz blanca de la pantalla se reflejaba en ese rostro movible, capaz de expresar todas las emociones que caben en un ser humano. Le dio un codazo cómplice a su nuera:

—Es buena la película, ¿eh, chiquituca? Ahí es donde fuisteis de viaje de novios.

Sonriendo también, María asintió. No era tan ingenua como para no advertir que los exóticos escenarios en los que se movía el apuesto Errol Flynn eran de cartón piedra, pero la evocación fue tan fuerte que cerró los ojos para recordar, no solamente los veinte países que habían visitado gracias a la generosidad de su suegro, sino los momentos de intimidad que había compartido con su marido. ¡Desde la mismísima noche de bodas en Frascati, donde sabemos que se consumó el matrimonio por el mismo Juan de Borbón! Se lo aclaró a su hijo Juan Carlos cuando este se quejaba de un leve dolor de cabeza para no asistir a un acto de apoyo a su persona:

—Carajo, el día que me casé estaba hecho una mierda, pero aguanté hasta el discurso de Pemán sin desmayarme. ¡Tuve que joderme y por la noche cumplir, a pesar de todo, con tu madre!

En medio de esa húmeda sala de cine que olía a tabaco y sudor revenido, María enrojeció de placer. El amor y la pasión que se habían despertado en su corazón esa noche ardiente le iban a durar hasta el final de sus días.

Lo que había tenido Juan era, según unos cronistas, un «microbio» parecido a la malaria y, según otros, una enfermedad adquirida en su trato frecuente con mujeres. La consecuencia fue una descomposición estomacal muy poco romántica que se reflejó en su rostro en las fotos de boda: con los labios apretados, ceñudo, la expresión severa, no por responsabilidad histórica, como contaron los cronistas almibarados que se desplazaron a Roma, sino por unas irreprimibles ganas de aliviarse.

María cambió de postura y la presión sobre la pelvis disminuyó. Era su segundo embarazo. ¡Ahora tenía que ser un chico! El continuador de la dinastía, ¿sería rey algún día? Claro que, para llegar a eso, primero se tenía que morir el rey, después debía subir al trono Juan, y después...

¡Pero, primero de todo, tenían que ganar la guerra Franco y los suyos!

Los suyos, que eran los nuestros, como decía su suegro:

—¡Franco, lo primero que hará cuando gane la guerra es reclamarme! ¿No ves que fui su padrino de boda? ¡Es monárquico hasta las cachas, esto lo saben aquí y en Pompeya! ¡Volveremos!

En esa esperanza vivían todos.

Claro que quizás lo que llevaba dentro no era un varón, sino otra hija.

La revoltosa Pilar había venido al mundo justo nueve meses después de la boda. Una boda deslucida y triste en la iglesia más fea de Roma, Santa María de los Ángeles. Un puñado de nobles de segunda fila, un traje de Worth que le iba grande, un ramo de gladiolos comprados a la florista de la esquina y una patria lejana con las heridas abiertas a punto de desangrarse en una guerra civil.

Delante de aquel panorama desolador, el rey había exclamado con amargura:

—¡Estoy pasado de moda!

Tampoco asistió la madre de Juan, la reina Victoria Eugenia, aunque por distintos motivos. En el exilio, en París, a los dos meses de irse de España, todo el odio acumulado por casi treinta años de infidelidades y humillaciones públicas había estallado como una fruta podrida y Ena le había soltado a su marido con gotas de saliva escapándose por su boca:

—¡Ahora que ya no tengo obligación de aguantarte, me largo, Alfonsete! ¡No quiero ver tu fea cara nunca más!

Había abandonado a la vez marido e hijos y se había ido a Londres a vivir con su madre. Lo primero que hizo fue elegir un prestigioso abogado para reclamarles al rey y a la República española una pensión acorde con su estatus de exreina. Un pleito que se aireaba libremente en la prensa y

del que María solo hablaba en voz baja para no disgustar al tío rey, porque así le llamaba, ya que era primo hermano de su padre.

Lo segundo que hizo la reina fue contratar a detectives para que le dieran cumplida cuenta de las andanzas de su casquivano marido, al que no lograba desalojar, a pesar de todo, de su enamorado corazón.

Los detectives no debían ser muy duchos en el oficio porque se paseaban ostentosamente frente al Gran Hotel, hasta que un día el rey los hizo entrar:

—Me daban pena los pobres, mojándose por un sueldo de mierda.

La madre de María sí que estaba en la boda. La severa princesa Luisa de Orleans, a la que sus hijos trataban de usted, hacían reverencias y besaban la mano, le había dicho fríamente:

—Bueno, ahora no defraudes al rey: ¡a tener muchos hijos!

María, que era una mujer práctica que no creía en los cuentos de hadas, no se hacía ilusiones respecto a su marido. Sabía que se había casado con ella porque era la única opción que tenía a mano: una princesa sin un duro, y ahora menos, ya que la República había confiscado fincas y fortuna, pero pura sangre por las dos ramas y emparentada con todas las familias reales de Europa. Y, además, y lo más importante, estaba sana. La terrible tara de la hemofilia, que había diezmado a los descendientes de la reina Victoria de Inglaterra, desde los zares a los duques de Hesse, e incluso había matado a un hermano de Juan, su querido Gonzalín, no le afectaba. Las mujeres no la padecían, pero eran trasmisoras de ese «veneno o sangría», como lo llamaban los tratados médicos. Pero, como su madre era una Orleans, estaba «limpia de polvo y paja», según decía el doctor Castellani en un lenguaje no demasiado científico.

Claro que el tío rey hubiera querido para el Príncipe de Asturias una princesa de una dinastía reinante, pero María

de Saboya, la hija del rey de Italia, había comentado que el príncipe español le parecía «tonto». Y las acciones de un príncipe destronado se cotizaban, además, a la baja en la bolsa monárquica.

Ay, otro pinchazo.

—Tío rey.

Alfonso se volvió a ella con cierta inquietud:

—¿Va a llegar ya ese sinvergonzón? Ya sabes que ahora quiero un chico, ya se lo he dicho a Juan.

María apenas pudo mascullar:

—Se hará lo que se pueda. —Sin transición y con los dientes apretados, le pidió—: Dame un cigarrillo.

Alfonso se echó a reír y, mientras le tendía el paquete y le encendía el pitillo con su Dunhill, preguntó algo preocupado:

—Pero ¿tú no salías de cuentas dentro de tres semanas?

María se alzó de hombros, ¡era tan imprevisible el doctor Castellani, el médico de la familia real italiana, un hombre de mundo que cantaba arias y llevaba capa como un seductor de melodrama! Gustaba a las señoras, que lo llamaban «Aldo» con languidez, y él les recetaba veronal para todos sus males. Pero María no confiaba mucho en sus dotes médicas, ¿pues no había dicho que Pilar, con un añito, tenía el sarampión? Fue la niñera checa la que le explicó que su alteza era así, coloradita de natural, y el médico le hizo una reverencia y le besó la mano con tal unción que la checa, una mujer terrible con bigote, no se lavó durante una semana.

María se quejaba de que eso era una falta de higiene, pero Juan la disculpó:

—Mujer, déjala, será la vez que habrá estado más cerca en su vida de perder la virginidad.

Había sido también el doctor Castellani el que había visitado a María y a sus hermanas, Dola y Esperanza, para certificar cuál era más fértil de las tres y destinarla al tálamo